

## **América Latina: La exigencia de más y mejor democracia**

**Angel Saldomando**

**31 mayo 2011**



No es un secreto que en América latina los partidos no tienen gran estima en la opinión. Y aunque nadie reniega de la democracia, esta percepción se extiende incluso a una idea de democracia sin partidos. 47% piensa así en Nicaragua, 53% en Ecuador, 52% en Chile por citar algunos países según la encuesta del latino barómetro 2010. Aunque esto no es posible desde el punto de vista del funcionamiento del sistema político, la cuestión de fondo que expresan estas percepciones es una pérdida de representación política de los partidos y una creciente distancia del sistema político de las expectativas de los ciudadanos.

La exigencia de más y mejor democracia surge entonces de dos formas, una negativa y otra positiva. La negativa es el escepticismo y la frustración que conduce a la abstención y al distanciamiento de la política. La positiva es una creciente repolitización de la sociedad bajo diversas formas de preocupación por lo público, lo que conduce a interrogar la calidad y la disponibilidad de los espacios democráticos para la toma de decisiones.

Más peligroso es la percepción de que detrás de las imperfecciones y debilidades de la democracia existe una convergencia de intereses y poderes, fácticos en el peor de los casos, para cerrar el sistema político, en una clara involución de la democracia misma a favor de una captura de esta. La crisis, por pérdida de legitimidad del sistema político en su conjunto, acecha entonces como un poderoso revelador de lo que va mal y ningún país está exento de experimentarlas.

Varios estudios regionales se han hecho eco de esta problemática en los últimos diez años y han incluido recomendaciones al respecto. La democracia en América Latina en 2004 y Nuestra Democracia en 2011 elaborados por el PNUD y la OEA son expresión de esta inquietud. Las preocupaciones apuntaban en como pasar de una democracia electoral a una de ciudadanos mientras que ahora se pone el énfasis en cómo reducir lo que se denominan los déficits democráticos.

Es decir “lo que no funciona en el ámbito de las instituciones públicas, en la disminución de las desigualdades, en la necesaria limitación a los privilegios y abusos

del poder, en la informalización y falta de democratización del debate económico y social, en la ya tantas veces postergada reforma política”. En palabras de Heraldo Muñoz, director regional para América latina del PNUD.

Los déficits democráticos se expresan en constituciones sin validación democrática como las de Chile, Perú y El Salvador, las reelecciones forzadas, las debilidades que se han acumulado en materia de contrapesos y frenos al poder y en sistemas electorales que se constituyen en un filtro en beneficio de bipartidismos impuestos.

Ha habido más preocupación por la estabilidad que por ampliar la democracia. Con esa motivación se generalizaron las elecciones a dos vueltas. En 1979 solo dos países latinoamericanos tenían doble vuelta, en la actualidad son doce, de los cuales nueve tienen doble vuelta con umbral de mayoría.

Con ello se pretendió superar problemas de legitimidad, generar mayorías y coaliciones estables pero con el tiempo el sistema se anquilosó, sacrificando el equilibrio, el pluralismo, la proporcionalidad de la representación.

En estas condiciones se hizo más difícil no solo atacar los “déficits democráticos” además el debate sobre modelos económicos y sus beneficiarios se bloqueó.

La llegada de gobiernos identificados con la izquierda no ha modificado esta situación en todos los casos, por su parte las derechas mantienen una continuidad cómoda con el estado de cosas vigente.

Si se examinan la situación de los países en relación a los déficits democráticos y las dinámicas con potencial de reducirlos, sin duda que aparecen otras realidades en las que no todo lo que brilla es oro.

Desde este punto de vista tendríamos grupos de países a diferente distancia y posibilidades en relación al problema. Argentina, Bolivia, Uruguay serían las situaciones más abiertas en términos de potencial, Ecuador y Venezuela las crisis generaron un potencial y ahora han comenzado a perderlo, Brasil se ha estancado, Honduras, Nicaragua, Perú son países en riesgo, mientras que México, Colombia y Guatemala están en condiciones críticas. Chile aparecería en este listado como un país en que comienza a generarse un potencial. Cuba sería probablemente un caso de lista aparte por su sistema de partido único.

Nada de lo anterior prejuzga de aceleraciones o retrocesos, pero en un marco donde la democracia es la regla reconocida, la dinámica interna de las fuerzas sociales y políticas que animan su desarrollo se convierte en la cuestión fundamental.

Y es aquí donde quizá aparece el problema central. ¿Quiénes y cómo en cada país pueden animar la movilización por la reducción de los déficits democráticos? Sin duda que las historias nacionales adquieren aquí todo su peso y las realidades se bifurcan en varias direcciones.

Pero las especificidades no pueden borrar u ocultar principios básicos, como la mejora del estado de derecho, la apertura de espacios políticos, el reconocimiento de la diversidad y los movimientos ciudadanos que mejoren la representación, la reducción de los temas tabús como los derechos, la condición de las mujeres, la corrupción, la desigualdad versus la concentración de la riqueza y el poder, por citar algunos.

Es evidente que los partidos no tienen todo el libreto en relación a estos problemas y en algunos casos hasta lo han perdido. La multiplicidad de actores comprometidos con la reducción de los déficits democráticos, se convierte entonces en la posibilidad misma que el potencial se incremente. Los movimientos ciudadanos, el papel de los medios, las redes sociales, la fuerza del debate extra e intra institucional, tanto en los partidos como fuera de ellos, son la evidencia acerca de si la movilización se incrementa pero son los resultados de ella los que cuentan al final. Poco a poco en América Latina se asume que la política no es propiedad de los partidos, es parte de lo público y de ello depende la suerte de la exigencia democrática.